

Sección a cargo de Guillermo Fernández



ITALIA EN LA COLMENA

MICHELE DE GIACOMO •

(1938-2003)

Andábamos y andábamos...

Andábamos y andábamos, sin ojos:
por carecer de rostro, alguno
miraba confundido los pliegues
de nuestras vestiduras. Lejos,
andábamos y andábamos muy lejos.

Con lentitud nos doblegaron
—¿se trataba de nos o de extraños?
y no pudimos nunca más llamar
una imagen parecida a la nuestra
como un último gesto desafiante.

Lejos, muy lejos de los hospitales,
de los nobles afectos, de los lager,
en busca de nada. Andábamos
y andábamos con un poco de pena,
con alguna esperanza imperceptible.

Dichosos ustedes...

Dichosos ustedes, que vagan a solas
en edificios sin pensar en los cielos,
de puerta en puerta y de piso en piso,
bajo tragaluces, ojos de infancia.

Cada uno, a solas,
hace girar la manija; no sabe
si es cosa de sueño el lento giro
y empuja una puerta tras otra
en el vacío de los cuartos.

Como si se tratara de un viaje
(oh lampadarios de cristal, estrellas antiguas)
en la oscuridad
del más profundo abismo,
sombra entre las sombras.

Con el primer calor

Con el primer calor,
que también nos raja la corteza,
despuntarán las yemas verdes.
¿Con que nuevo crimen y abandonadas
inercias mancharemos este año,
oruga inocente?
¿En qué fruto buscaremos un nido
para corrompernos?
Y dónde y cuándo, al fin,
para no desmentirnos, aguardaremos
el temblor que turba lo negro y el oro,
el sueño de improbables mariposas?

Alguien creyó que del mar...

Alguien creyó que del mar
emergía una nave fantasma:
su grito es como un espejo
que refleja sospechas atroces.

Sobre el puente todos escrutan
la posible salvación, y de dónde,
desesperados mas siempre dispuestos
a arrancarse las uñas, *in extremis*.

¿No hay espacio ya para las fábulas?
¿Se está hundiendo la indigna barcaza?
Hay quien reza para darse valor,
hay quien canta quedito y sonríe.
Se adormece la última madre.
El mar está en calma. Los motores
van desgarrando brumas matutinas,
ensombrecen el vasto silencio.

Visiones vespertinas

Vuelven por la tarde, exhaustas,
como un adiós a la luz,
las ansias por lo desconocido.

¡Penosos, dulces pálpitos de vida!
Una tarde vendrá de los prados llenos
de ropa lavada y de botánicos cielos,
de los rincones más absurdos de las casas,
de remotos e imprevistos vacíos,
finalmente vendrá un aliento dorado,
una brisa de mar
a transformar



estos dedos tristes en plumas y alas.
Vendrá la apocalíptica tormenta:
toda la humanidad abatida
se verá en cuerpo y alma.
Y acaso una luz nueva
nos deslumbrará...

LOS PRIMEROS CUATRO poemas que aquí aparecen forman parte de *Prófugos*, el último libro de Michele de Giacomo aparecido en 2001; el quinto poema *Visiones vespertinas*, inédito, se lo dio el autor al amigo Francesco Sarri en la Navidad del 2002.

Hace unas semanas me enteré de que Michele de Giacomo murió en enero del 2003, tras un largo periodo de padecimientos cardíacos. Con su muerte perdimos a un poeta que fue no sólo un protagonista sincero de su propia obra, sino también un doliente testigo de la condición humana. Leopardiano de linaje, sus cantos tienen, a menudo, la cadencia del treno ("Andábamos y andábamos, sin ojos"), y las palabras de quien –resignado ante las atrocidades de la historia humana– apenas si se atreve a vislumbrar una esperanza.

Durante casi veinte años mantuve con De Giacomo una relación epistolar, sin llegar a conocernos personalmente. Y, creo, fue mejor así, porque en sus cartas pude ver una prolongación de sus poemas y una especie de rasgos sucesivos que fueron completando su autorretrato. Ahora que conozco *Visiones vespertinas*, deseo que –a fin de completar su autorretrato–, aquellos dedos tristes se transformen en plumas y alas, y que una luz nueva lo deslumbré. LC